

ENRIQUE FIBLA GUTIÉRREZ

LOS AÑOS IMPOSIBLES
MEMORIA INACABADA DE JUAN PIQUERAS



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: febrero 2021

© 2021, Enrique Fibla Gutiérrez

© de la cubierta, 2021

Irene Bofill

© de esta edición, 2021

Barlin Project SL

&

Generalitat Valenciana

Maquetación y diseño:

Alberto H.

Corrección del texto:

Ignacio Cristóbal Fernández

Dirección editorial:

Alberto Haller

BIC: JFC / BG

ISBN Barlin Libros: 978-84-123319-5-0

ISBN del IVC: 978-84-482665-5-4

Depósito legal: V-3589-2021

Impreso en España



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

TABLA

Prólogo: punto de fuga
13

I - Figurar en el archivo
21

II - Decirle adiós al presente
29

III - Viajar, leer, aprender.
Escribir, producir, enseñar
71

IV - Las historias que queman
115

V - Causas generales
155

VI - Detrás de un pase usted
199

VII - Memorias que estorban
243

Epílogo: abrir el punto final
(e incumplir una promesa)
259

Biografías
273

Bibliografía
278

Filmografía
283

*A Masha,
por enseñarme a conjugar el pasado.*

*A Mònica,
Ricardo, Luisa, Pablo,
Lur, Arnau y Martina,
por navegar el presente.*

*A Greta,
por iluminar el futuro.*

*Y con esta débil esperanza, no más fuerte que un
hilo de araña, emprendimos esa aventura,
donde tantos ya no existían y otros
iban a perecer en nombre de
todos aquellos ideales.*

KETTY GONZÁLEZ DOMÍNGUEZ



PRÓLOGO: PUNTO DE FUGA

Hay fotografías que parecen anticipar la tragedia que transformará las vidas de sus protagonistas. Como si el futuro se entrometiese en el momento exacto en que se tomó la instantánea para dejar un mensaje que sólo se descifrá años después.

Es el caso de la fotografía en donde vemos al crítico de cine Juan Piqueras, su pareja Ketty González y el hijo de ambos sonriendo hacia un punto indeterminado del margen superior izquierdo de la imagen. Se percibe una ligera teatralidad cómica en la postura de los tres. Ketty sostiene al pequeño Juanillo con el brazo izquierdo y éste rodea a su vez la cara de su madre en un gesto tierno y cómplice. Juan apoya su mano derecha en el niño, como si estuviese a punto de explicarle una anécdota divertida, mientras sostiene un periódico bien apretado

contra el pecho. El codo de Ketty, flexionado en un ángulo análogo al de Juan, acaba de conferir a la fotografía una simetría extraña, como si los protagonistas se viesen arrastrados por una fuerza que les desplaza poco a poco fuera de la imagen. Uno tiene la impresión de que si la foto se hubiese hecho uno segundos después los tres habrían desaparecido del cuadro.

Tomada a finales de 1935 en un parque de París por el director de cine Florián Rey, la fotografía retrata a una generación, la de los españoles nacidos a principios de siglo veinte, que miraba ávidamente hacia el futuro. En 1910 Juan Piqueras recogía azafrán y trabajaba en el humilde molino de sus padres en un pequeño pueblo llamado Campo Arcís, cerca de Requena. En apenas unos años, y gracias a la existencia de una escuela de inspiración krausista que ofrecía clases gratuitas en horario nocturno, consiguió convertirse en un respetado crítico de cine, distribuidor y organizador de cineclubs y conferencias. No provenía de una familia acomodada o bien conectada con las élites culturales, pero supo aprovecharse de los vientos de cambio que comportó la irrupción de las mal llamadas «masas» en la vida social, económica y cultural del país. Nada les representaba mejor que el cine; un arte nuevo, irreverente y global con el que compartían fecha de nacimiento.

Con dieciséis años Juan ya dirigía su propia revista de cine en València y regentaba una biblioteca ambulante. Tras ganar un concurso de crítica de la revista *La Pantalla*, se mudó a Madrid y en un abrir de ojos se ganó la confianza de Luis Buñuel y Ernesto Giménez Caballero para codirigir el prestigioso Cineclub Español de la *Gaceta Literaria*. Pero Juan apuntaba más lejos. Quería conocer de primera mano la vanguardia de un arte que

evolucionaba sus capacidades expresivas de manera vertiginosa. Con apenas 26 años se mudó a París, donde llegaban las mejores películas de todo el mundo. Allí se casó por lo civil con Ketty González, una emigrante española que había llegado con su familia unos años antes desde Boltaña, un pueblo de Huesca. Piqueras se consolidó de manera fulgurante como una bisagra fundamental entre la cultura cinematográfica internacional y la española, viajando al Segundo Congreso de Cine Independiente en Bruselas en 1930. Por aquellas fechas se afilió al Partido Comunista Francés, como la mayoría de sus colegas de profesión, y descubrió el cine soviético que apenas había podido ver en España. Empezó a trabajar para el empresario Ricardo Urgoiti como distribuidor de películas para el mercado español, organizó cineclubs populares y viajó por toda Europa. En 1931 nacería su hijo Juanillo, y en 1932 lanzaría la revista de teoría y crítica *Nuestro Cinema*, una de las más fascinantes de la época en lengua española.

Ketty se ocupaba de la organización y la correspondencia y ayudaba a Juan a corregir y redactar los textos que éste escribía sin respiro en la casa de la Rue Broca. Por allí pasaban desde personajes conocidos de la cultura y las artes como los directores de cine Luis Buñuel y Florián Rey, el historiador Georges Sadoul, el crítico León Moussinac, los escritores Rafael Alberti, María Teresa de León o Ramón J. Sender y el bailarín Vicente Escudero, padrino de Juanillo, hasta refugiados españoles que habían participado en las insurrecciones obreras de 1934 en Asturias y que huían de la represión del gobierno. En los pasillos y habitaciones de la casa se acumulaban pilas de libros y revistas en diferentes idiomas. Juan y Ketty eran acogedores, bohemios, generosos, inquietos.

tos y optimistas. Se sentían protagonistas de un tiempo histórico destinado a alumbrar una sociedad como la que veían en las pantallas de cine. Formaban parte de una red cultural que conectaba la capital francesa con València, Madrid, Barcelona, Berlín, Nueva York, Londres o Moscú en un presente eléctrico. Hechizados por la increíble energía que les rodeaba, lo fiaron todo a un porvenir en donde sus vidas libres no fueran una excepción sino la norma. Ese era el mundo en el que tanto él como Ketty querían que creciese su hijo. Ese era el futuro hacia el que se les iba la mirada y la sonrisa, una mañana en París mientras su amigo les retrataba.

Desde nuestra posición la imagen estremece porque conocemos su reverso trágico. Sabemos hacia dónde conduce la fuerza magnética que les arrastra fuera de plano. En apenas unos meses policías sublevados fusilarán a Juan en España y Ketty y el pequeño Juanillo se verán forzados a abandonar su casa en París para viajar a un país devastado por la guerra en busca de respuestas. Tras sufrir la represión de la dictadura, escaparán del país en 1940 para llegar a una Francia inmersa en la Segunda Guerra Mundial. Allí los republicanos españoles eran vigilados con recelo, y por primera vez se sintieron extranjeros en la que había sido su pequeña patria bohemia. El súbito avance de los nazis sobre París en junio les obligará a exiliarse definitivamente a Sudamérica en barco como tantos otros miles de personas, en un éxodo que dispersó por el mundo lo más granado de una generación. A todos ellos les tocó reinventar una vida marcada inexorablemente por el pasado.

La fotografía de la familia Piqueras-González nos cuenta la historia de unos años en donde, por un instante, todo pareció posible hasta que una violencia im-

pensable desatada por un golpe de Estado se impuso en el camino. Tanto el presente que disfrutaban como el futuro que vislumbraban se escaparían por ese punto de fuga que destruyó las vidas de tantas personas. Resulta imposible volver a la imagen y no percibir la inminencia de la catástrofe que se cierne sobre sus protagonistas y, por extensión, sobre la generación a la que pertenecían. Su biografía truncada es la de una Segunda República cuyos ecos todavía resuenan con fuerza en el presente.

En la película de Patricio Guzmán *Nostalgia de la luz*, se habla de cómo la memoria posee una fuerza de gravedad que nos atrae irremediamente. Quizás fue esto lo que me llevó a indagar, mientras investigaba para mi tesis doctoral en Canadá, en la vida de una figura poco conocida como Juan Piqueras. Tras recibir en 2015 un correo de mi directora de tesis Masha Salazkina, uno de esos que le cambian a uno la vida, con un pdf de un artículo del crítico traducido al inglés para un libro académico, fui a parar a la revista *Nuestro Cinema* y empecé a recopilar información sobre su fascinante vida. Siguiendo todo tipo de pistas, llegué a un post en el blog del historiador Aitor Hernández Eguíluz. Allí, en la sección de comentarios, encontré el siguiente mensaje de un usuario anónimo en 2017: «Hola yo soy el bisnieto de Juan. Mi familia y yo somos de Venezuela pero ahora que vivimos en València, España. ¿Qué quieres saber de nosotros?»

Fue como toparse con el centelleo de una estrella fugaz destinada a pasar desapercibida. No había encontrado un documento de archivo o una referencia en un libro académico, sino la posibilidad de entrar en contacto con la memoria viva de quien por entonces yo conocía tan solo como crítico de cine gracias al libro de Juan Manuel

Llopis *Juan Piqueras: el Delluc* español, publicado por el IVAC en 1988. El bisnieto de Juan Piqueras y Ketty González, un joven de apenas 14 años que acababa de cruzar el atlántico en un viaje inverso al de su bisabuela, había puesto en marcha de nuevo el poderoso mecanismo de la memoria 80 años después de la confirmación del asesinato de Juan. El mensaje lo habían escrito hacía apenas unos días e inmediatamente contesté explicando mi interés y dejando mi información de contacto. Unos meses después conocí a la familia venezolana de Piqueras en València, quienes me recibieron calurosamente y me facilitaron los materiales con los que completé la tesis doctoral en otoño de 2018.

Tras las pertinentes celebraciones, y una mudanza transatlántica, me olvidé unos meses del tema, pero una madrugada de 2019 me desperté en mi casa de Barcelona con un súbito hormigueo de emoción en el estómago y una imagen en la cabeza; la fotografía de los Piqueras sonriendo hacia el futuro una mañana en París. Había explicado detalladamente el papel de Juan en la cultura cinematográfica de la época, pero no había contado su historia. Quedaba pendiente explicar cómo su biografía se entrelazó dramáticamente con los acontecimientos que truncaron el futuro de una generación. La escena se repitió varias veces durante unas semanas, hasta que otra mañana insomne abrí el cajón donde guardaba las memorias mecanografiadas de Ketty, cuya lectura había postergado por falta de tiempo, y empecé a leer. Me di cuenta enseguida, y con un punto de vergüenza, de que lo que yo había interpretado como un final, el fusilamiento de Juan en julio de 1936, no había sido más que el principio de una dramática aventura para Ketty y Juanillo que duró, como mínimo, hasta 1945.

Decidí entonces escribir un libro que recorriese este punto de fuga por el que se escapó el futuro de una generación cuya memoria sentimos próxima quienes soñamos con librarnos de los fantasmas de un pasado que todavía acecha el presente. Ellos intentaron construir una nueva sociedad desde la ilusión y el deseo que mueven toda revolución. Nosotros nos tenemos que contentar con una democracia construida sobre los rescoldos de una dictadura y cuya revisión tenemos prohibida. Por eso, y a pesar de los enormes esfuerzos por eliminar su recuerdo, la Segunda República todavía supone una poderosa fuente de inspiración democrática.

Porque la memoria, como toda fuerza, no se crea ni se destruye, sino que se transforma en manos de cada nueva generación en una herencia de difícil, pero necesaria, digestión.



I

FIGURAR EN EL ARCHIVO

«Piqueras Juan», «Piqueras Martínez Juan»; «González Ketty», «González Catalina», «González Domínguez Catalina», «Nuestro Cinema», «París», «València», «Requena», «Cine*», «Venta de Baños», «Expediente», «Fusila*», «Causa General», «Pasaporte», «Represión», «Fosa», «General Franquista», «Exilio», «Paquebot Cuba», «República Dominicana», «Rafael Trujillo», «Matanza de Perejil», «Venezuela», «Caracas», «Luis Buñuel», «Rafael Alberti», «María Teresa León», «Josep Renau», «Ernesto Giménez Caballero», «Léon Moussinac», «Dolores Ibárruri», «André Malraux», «Henri Barbusse», «René Clair», «Georges Sadoul», «Vicente Escudero», «Heddy Lamar», «Mata Hari», «Juan Negrín», «À nous la liberté», «Ciné-Liberté», «La Vie est à nous», «El acorazado Potemkin», «Tempestad sobre Asia», «La aldea maldita», «Las Hurdes, tierra sin pan», «Lady of the Tropics», «Lost Horizon», «L'amore in città».

Estos son algunos de los términos de búsqueda que he empleado a lo largo de varios años para seguir el rastro del crítico de cine y programador valenciano Juan Piqueras Martínez, fusilado por soldados franquistas en julio de 1936 cerca de Palencia, y de Catalina «Ketty» González Domínguez, su colaboradora y compañera que se exilió a República Dominicana en 1940 desde París tras pasar la guerra en España. He introducido infinidad de veces estas palabras en los catálogos de archivos nacionales e internacionales, bibliotecas, partidos políticos, museos, filmotecas, bases de datos de artículos y tesis doctorales, así como en multitud de páginas web. Los resultados se han acumulado en una montaña de textos, recortes, fotografías, películas, audios y notas dispersas que constituyen uno de los posibles archivos Piqueras-González.

La carpeta que lleva este nombre en mi ordenador contiene, hasta el momento, 12GB repartidos en 100 subcarpetas y 820 archivos.

Queramos o no, todos figuramos en algún archivo. Ya sea un registro civil, un censo, una comisaría, un banco, una institución donde trabajamos o en cajas en desvanes olvidados. Por no hablar de los servidores que alojan en distintos lugares del mundo nuestro archivo digital. Solo cuando miramos atrás y nos situamos en el terreno de la historia, del cual tendemos a excluir el tiempo que precede al presente y que todavía no se ha convertido en pasado distante, somos conscientes de la realidad material que conlleva *figurar en el archivo*. Pero, en general, pensamos poco en las huellas materiales que dejamos tras nosotros.

La historiadora argentina Lila Caimari describe el archivo como la materia prima con la que se elabora la historia: «un suelo irregular y heterogéneo, hecho de grandes rocas, de misceláneas, de partículas incontables».¹ Gracias a él se recopila información, se siguen pistas, se elaboran informes, se generan relatos y, en ocasiones, también se activan mecanismos de represión. Como dice Arlette Farge, «el archivo presupone un archivista, una mano que colecciona y clasifica».² Y esta mano no solo pertenece a la persona que cataloga un documento y lo devuelve a su lugar correspondiente, sino también al policía que recaba información sobre la disidencia política con el objetivo de aplastarla.

Las voces que rescatamos para el presente son testimonios de una lucha y un tiempo histórico a reivindicar, pero también pueden ser acusaciones vertidas por delatores anónimos que pretendían todo lo contrario: acallar a quienes desafían la historia escrita por los vencedores.

Como escribe Ketty sobre el asesinato de Piqueras, «hasta mucho tiempo después no supe que mi marido *figuraba* en la fatídica lista de los dos millones de españoles que Franco quería suprimir». Poco después su cuñado Luis Piqueras fue condenado a muerte en un juicio sumarísimo en Requena a instancias de la Causa General abierta por el régimen contra cualquier simpatizante de la República. El juez se basó en testimonios sin contrastar que buscaban «*desfigurar* los hechos, hasta los más simples, y tornarlos en acusaciones terribles». Al contrario de lo que se suele pensar, un archivo no contiene únicamente datos objetivos, sino también documentos empapados de la subjetividad y los intereses de quien lo controla. Por eso no siempre conviene formar parte de él. Ketty relata, por ejemplo, cómo el ma-

yor impedimento para conseguir los ansiados pasaportes con los que volver a Francia en 1940 era su expediente policial: «Había que tener la hoja de criminalidad limpia y *no figurar* en los archivos para nada.»

Figurar, desfigurar y no figurar en el archivo. Una dictadura se sostiene en gran parte gracias al monopolio sobre la violencia y la memoria que garantizan estas tres acciones.

Afortunadamente, ningún régimen autoritario dura para siempre. Le sobreviven los documentos que nos cuentan su funcionamiento cotidiano con sorprendente detalle. La huella de una dictadura en el archivo es proporcional a la soberbia de sus responsables. Cuanto más intocable se crea, más rastro dejarán para los investigadores del futuro.

Por otra parte, es importante tener en cuenta que todo aquello que queda al margen del archivo no desaparece, sino que también deja un rastro. Lo que la historia oficial excluye sobrevive gracias a la memoria obstinada de los vencidos. Los testimonios escritos, los relatos susurrados en la intimidad de la noche o las fotografías y documentos conservados milagrosamente tras huidas precipitadas, trayectos transcontinentales y controles policiales forman parte de un archivo subterráneo que emerge a la superficie cuando menos lo esperamos.

El traductor Antonio Oviedo en el prólogo al libro de Georges Didi-Huberman *Ante el tiempo*, plantea que los materiales del pasado no son cosas inertes, sino que, «al contrario, poseen una dialéctica, un movimiento».³ Para Walter Benjamin este carácter dinámico de la historia, y por tanto del archivo que la nutre de materiales, es el quid de la revolución copernicana en la historiografía

moderna: rechazar el pasado como hecho objetivo para considerarlo un hecho de memoria. Es decir, como algo dotado de movimiento y siempre abierto, para bien o para mal dependiendo de sus usos, a la refiguración.

Como el trapero o el niño coleccionista en el que Benjamin reconoce la inspiración del oficio del historiador, en los últimos años he recopilado jirones de información que nos permiten vislumbrar fugazmente el paso de Ketty González y Juan Piqueras por la traumática historia europea de la primera mitad del siglo XX. Mirar este pasado desde el presente activa el recuerdo de aquello que nunca podemos dar por sepultado: la guerra y la violencia que anularon el imperativo cultural de una generación que creyó en un tiempo histórico nuevo. Como dice Benjamin, el presente no es un estado de vigilia, sino de peligrosa ensoñación de la cual solo el recuerdo, el pasado vivo, nos despierta:

«Recordar y despertar son íntimamente afines».⁴

Leí estas palabras del filósofo alemán apenas unos días antes de averiguar que Piqueras había escrito un prólogo para una edición popular de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca publicada en 1929 por la editorial Los Poetas. En la obra, Segismundo ha permanecido encerrado desde su nacimiento en un calabozo por orden de su padre el rey Basilio, temeroso de que se cumpla la profecía de que su hijo le usurpará el trono. Rosaura le rescata de la prisión, y del olvido en el que vive, y le conduce ante la corte para discutir la legitimidad del gobernante. Tanto ella como Segismundo se rebelan contra una concepción determinista y teleológica de la historia que le ha condenado a vivir encerrado en una celda. Pero también contra la idea de que la realidad

se corresponde con el relato unívoco que establece el poder, en gran parte gracias al control sobre el archivo (el relato):

SEGISMUNDO:

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición
por si alguna vez soñamos.
Y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir solo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive sueña
lo que es hasta despertar.

[...]

ROSAURA:

¿No es breve luz aquella
caduca exhalación, pálida estrella,
que, en trémulos desmayos,
pulsando ardores y latiendo rayos,
hace más tenebrosa
la oscura habitación con luz dudosa?
Sí, pues a sus reflejos
puedo determinar (aunque de lejos)
una prisión oscura,
que es de un vivo cadáver sepultura;
y porque más me asombre,

en el traje de fiera yace un hombre
de prisiones cargado
y solo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchamos:
Sepamos lo que dice.

Interrogar el archivo nos permite recuperar el pasado reprimido, que vive como Segismundo «de prisiones cargado», y luchar contra las mentiras del presente, despertándonos de la ilusión de que vivimos sobre tierra firme democrática. Si de algo sirve volver a los años imposibles es para recordarnos que toda realidad política se sostiene sobre frágiles hilos de araña, como los que mantenían la esperanza de Ketty de retomar una vida truncada por la guerra en 1936. Por eso acabó escribiendo unas memorias de 500 páginas: para alertar a las generaciones futuras sobre el peligro de acomodarse en el plácido sueño del olvido.

Los materiales que he ido recopilando sobre Juan Piqueras y Ketty González alimentan la «breve luz» que en la obra de Calderón de la Barca no ilumina un porvenir idealizado y amnésico, sino la «oscura habitación» de nuestra historia. En ella se apilan tanto los documentos de la barbarie como los testimonios de quienes sobrevivieron a la represión de la dictadura y todavía se preguntan, como reza el verso de la obra que acompaña la portada:

«¡Qué delito cometí, contra vosotros naciendo!».

NOTAS

- 1 CAIMARI, L.M. (2017), *La vida en el archivo: goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*, Siglo Veintiuno Editores (Buenos Aires), p. 9
- 2 FARGE, A., SCOTT-RAILTON, T. y ZEMON DAVIS, N. (2013), *The Allure of the Archives*, Yale University Press (New Haven), p. 3.
- 3 DIDI-HUBERMAN, G. (2015), *Ante el tiempo: historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 4a edición, Adriana Hidalgo (Buenos Aires), p. 19.
- 4 BENJAMIN, W. y TIEDEMANN R. (2005), *Libro de los pasajes*, Akal (Madrid), p. 394.

II DECIRLE ADIOS AL PRESENTE

*Dice: la lucha del hombre contra el poder
es la lucha de la memoria contra el olvido.
Quiere justificar así lo que sus amigos llaman
imprudencia: lleva cuidadosamente sus diarios,
guarda la correspondencia, toma notas de todas
las reuniones en las que analizan la situación
y discuten sobre lo que puede hacerse.
Les explica: No hago nada que esté
en contra de la Constitución.
Escondarse y sentirse culpable
sería el comienzo de la derrota.¹*

MILAN KUNDERA

Juan Piqueras vivió poco y rápido. Nació en un pequeño pueblo en València en 1904 y fue asesinado cerca de una estación de tren en Palencia durante los primeros días de la Guerra Civil, en julio de 1936.

No sabemos el día ni el lugar exactos de su muerte, tampoco quién ordenó el fusilamiento ni quién apretó el gatillo. Tan solo podemos especular con que sus huesos se correspondan con alguno de los cuatro cuerpos encontrados en 1980 durante las obras de ampliación de una carretera cerca de la localidad de Cubillas de Santa Marta (Palencia). Los restos fueron trasladados al cercano cementerio de Dueñas y depositados en el nicho de una de las víctimas, identificada por un familiar gracias a una hebilla de cinturón. Los intentos de la familia Piqueras por averiguar si efectivamente Juan es uno de los otros tres cuerpos se han topado con la resistencia de los propietarios del nicho a reabrir la tumba. Hasta la lógica de la propiedad privada se impone sobre la memoria histórica, sin importar que esas cuatro personas, y no solo la que fue reconocida, murieran juntas una noche de julio de 1936.

La rebelión franquista sorprendió a Piqueras mientras se recuperaba de una hemorragia estomacal en la posada de la estación de Venta de Baños, entonces un importante nudo ferroviario que conectaba el norte del país con Madrid y València. Se dirigía a Asturias desde París para visitar a su amigo el escritor José Ramón Cabezas y otros compañeros del movimiento obrero. Piqueras y su pareja Ketty González les habían acogido en su casa de París en 1934 tras huir de la durísima represión de la huelga revolucionaria que se desató del 5 al 19 de octubre en Asturias, País Vasco y Cataluña. La casa de la Rue Broca se convirtió durante aquellos años en un

punto de encuentro, refugio y discusión para aquellos que buscaban vertebrar una internacional antifascista que conectase Madrid, Barcelona, València, Andalucía o Asturias con París, Nueva York y Moscú. Por ella pasaron también Rafael Alberti y María Teresa León al regresar del viaje que hicieron a la URSS en otoño de 1934. Temían que les detuviese la policía al regresar a España, a pesar de que no habían tenido nada que ver con la insurrección.

La huelga revolucionaria surgió tras la inclusión de tres ministros de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), cada vez más significada con el fascismo y beligerante en sus amenazas contra la legalidad republicana, en el gobierno. La demolición de la democracia por parte de Adolf Hitler en Alemania en 1933 y del católico conservador Engelbert Dollfuss en Austria en febrero de 1934 convencieron a sectores de la izquierda de la necesidad de avanzar a los acontecimientos y oponerse preventivamente a cualquier tentativa de instaurar un régimen fascista en España. Tampoco ayudó la retórica de José María Gil Robles, líder de la CEDA, quien declaró que el fascismo tenía muchas cosas «aprovechables» o que su partido se hallaba «en pie de guerra» desde las elecciones de 1933.² El resultado fueron cientos de muertos, miles de encarcelados y la suspensión de la Generalitat Catalana. La represión del movimiento obrero fue dirigida por Francisco Franco, Manuel Goded y Juan Yagüe, piezas clave en el golpe de Estado que desencadenó la Guerra Civil.

Tras unos años convulsos, la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, emulando el éxito del Front Populaire francés liderado por Léon Blum, cerró el conocido como bienio negro de la Repú-

blica (1933-1936) y dibujó un horizonte esperanzador. Se abrió una nueva etapa política que parecía recuperar el impulso transformador que había aprobado la ley de divorcio, el voto femenino, la reforma agraria, la adopción de la educación pública laica y universal o la Ley de Contratos de Trabajo, que protegía los convenios colectivos e introducía por primera vez el concepto de vacaciones pagadas. Pero, al contrario que en Francia donde también triunfó un Frente Popular, la derecha monárquica y reaccionaria no respetó los resultados electorales y empezó a planear una toma del poder por las armas que sabían desembocaría en una cruenta Guerra Civil. En su último discurso en las cortes, del 16 de junio de 1936, José Calvo Sotelo, se declaró fascista y sembró la duda de una sublevación contra la República. Su asesinato a manos de la Guardia de Asalto se utilizó como excusa para justificar una sublevación que llevaba tiempo preparándose con la complicidad de militares, el banquero Juan March y la ayuda del régimen fascista de Benito Mussolini.

En París, el golpe de Estado era apenas un rumor que se escuchaba con mayor insistencia a medida que avanzaba el verano de 1936. Quizás por ello Ketty González intentó convencer a su marido de que descansase «unos días más» antes de emprender un viaje que los médicos desaconsejaban dado su frágil estado de salud tras haberle operado de una úlcera de estómago hacía pocos meses. Al fin y al cabo los planes de la familia eran mudarse a Requena durante un año después de las vacaciones para reponer fuerzas y que el crítico pudiese escribir la historia general del cine que llevaba años planeando. Ketty y Juan anhelaban este año sabático entre campos de azafrán y el cariño de la familia.

Pero Piqueras sabía que algo grave se movía a nivel político en España. A pesar de encontrarse débil y fatigado, prefirió reunirse con sus camaradas para colaborar en la lucha contra el fascismo con las únicas armas que conocía: el cine y la acción cultural. Llenó su maleta de revistas, artículos, libros, cartas, quizás alguna película, y un documento que le identificaba como el representante de Ciné-Liberté, la productora de cine del Partido Comunista Francés, en suelo español. Ni él ni Kitty eran conscientes de que al emprender el viaje a España le estaban diciendo adiós a un presente que nunca recuperarían. Con el tren ya en marcha, y segundos antes de desaparecer dentro del vagón, Piqueras y Kitty cruzaron una mirada premonitoria:

Una mirada tan elocuente, tan definitiva, tan trascendental en nuestras dos vidas, pero tan imposible de describir que renunció a hacerlo. Quien lea esto, lo comprenderá mejor que con palabras. Pero me parece que era algo así como esas miradas que lo compendian todo en un instante, una de esas miradas de angustia, de desamparo que lanza una criatura cuando sabe que abandona este mundo, porque otros lo han decidido; y *no debe rebelarse*. En esa mirada me lo dijo todo, mi marido. Hizo un movimiento como para apearse del tren que caminaba lentamente y yo, instintivamente di un paso hacia él, pero era ya tarde para eso. Sus ojos lánguidos y la amplia sonrisa de sus dientes blanquísimos e imperfectos, me lo dijeron todo, y nos comprendimos.

El peligro de una sublevación militar que hiciese añicos la revolución democrática de la Segunda República, ex-

cepción en una Europa donde el totalitarismo avanzaba, era un tema de conversación recurrente entre Piqueras y sus amigos. Como le remiten en una carta que resume una reunión del consejo editorial de *Nuestro Cinema* llevada a cabo el 24 de agosto de 1933, firmada por José Castellón, Rafael Gil y Alfredo Cabello, «contra el voto de [Antonio] Del Amo convenimos en que se acerca una era de represión fascista que lo mismo puede durar 15 que 40 años - ¡*Estamos Avisados!*».⁵

Por si quedaba alguna duda de la seriedad de la amenaza Gil Robles, quien tituló cínicamente sus memorias *No fue posible la paz*, lanzaría el siguiente órdago en un mitin celebrado en octubre de 1935:

Debemos fundar un nuevo estado, purgar la patria de los masones judaizantes [...] Debemos continuar con un estado nuevo, y esto impone tareas y sacrificios. ¡Qué importa si tenemos que derramar sangre! [...] Necesitamos un poder absoluto, y eso es lo que exigimos [...] Para llevar a cabo este ideal no vamos a malgastar más tiempo con las formas arcaicas. La democracia no es el fin sino un medio para la conquista del nuevo estado. Cuando llegue el momento, o el parlamento se rinde o lo eliminaremos.⁴

Tres años después de recibir la carta del comité editorial de *Nuestro Cinema*, y transcurridos diez meses desde las inquietantes palabras pronunciadas por Gil Robles, Piqueras, junto a millones de españoles, sufriría las consecuencias directas de la sublevación militar que la CEDA y la derecha reaccionaria jaleaba entusiastamente en 1935 como un mal necesario. Los críticos de *Nues-*

tro Cinema no podían imaginar cuánto acertarían con su aviso, ya que la represión duró exactamente 40 años, desde julio de 1936 hasta al menos el 15 de diciembre de 1976, cuando las Cortes aprobaron la ley fundamental que derogaba el sistema franquista y llamaba a elecciones generales democráticas.

La constante hostilidad de los centros de poder (aristocracia, Iglesia, latifundistas, banca, grandes industriales) hacia la Segunda República desde el primer día de su proclamación, en el que decidieron acabar con ella por cualquier medio, dificultaban enormemente las reformas del gobierno y tensaban la relación entre los liberales demócratas, la izquierda y la clase obrera y campesina. Socialistas, anarquistas y comunistas se impacientaban ante el respeto de la República por el poder antiguo y reaccionario, en ocasiones tomándose la justicia por su mano y desbordando la capacidad del gobierno para mantener una precaria paz social. Aun así, era difícil imaginar las consecuencias de la decisión de Juan Piqueras de subirse a un tren en París en julio de 1936 para visitar a unos amigos y cerrar la distribución de películas francesas.

El expediente de Piqueras, N°00056261, conservado en el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) en Salamanca, dentro del Fichero General Político-Social, nos da pistas sobre los últimos días en la vida del crítico valenciano. Contiene 23 documentos, en su mayoría cartas, telegramas, así como actas del consejo de redacción de *Nuestro Cinema*. Abarcan desde agosto de 1933 hasta apenas unas horas antes de ser detenido por la policía franquista y fusilado entre el 19 y el 26 de julio de 1936. No se trata de un expediente especialmente detallado si lo comparamos con algunos de

los cientos de miles de ficheros que contiene el archivo. Sólo en el repositorio que reúne a los investigados por «Masonería» hay cerca de 180.000 cédulas.

Los expedientes eran minuciosamente compilados por el régimen franquista y utilizados para condenar a posteriori a los fusilados durante la guerra e inmediata posguerra en un retorcido ejercicio de teatro judicial. También se cribaban y anotaban en busca de pistas que condujesen a nuevos arrestos por parte del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) durante la guerra y, desde 1941, de su sucesora, la temida Brigada Político-Social (BPS). La policía franquista se inspiró y fue asesorada por los servicios secretos nazis tras un acuerdo firmado después de la visita de Heinrich Himmler, jefe de las SS, a España en 1940. La BPS no fue disuelta formalmente hasta diciembre de 1978 y la mayoría de sus efectivos, incluidos los torturadores, continuaron en activo durante los primeros años de la democracia.

Como dice Arlette Farge, los documentos de los archivos son «pequeños desgarros en el tejido del tiempo» que nos permiten vislumbrar un momento concreto en la historia y, en casos como el que nos ocupa, recrear cómo los diligentes ojos de un policía sublevado leyeron los papeles de Piqueras y anotaron con un lápiz aquello que consideraron información útil.⁵ Al contrario que otros materiales de carácter público, como libros, diarios, artículos, periódicos o cartas, los millones de documentos que compiló el franquismo para orquestar la represión no fueron escritos con un lector en mente. Su finalidad era otra. Buscaban convertir cualquier aspecto de la vida de una persona en información que justificase lo injustificable. Aportar una causalidad y una lógica a la represión, olvidando que, como dice el escritor

Juan Goytisolo en la película *Notre Musique* (Jean-Luc Godard, 2005), proyectada en la Sala Juan Piqueras de la Filmoteca de València, «matar a un hombre para defender una idea no es defender una idea, es matar a un hombre». Y a un ser humano se le puede matar perfectamente desde el archivo.

Las anotaciones de los policías en forma de subrayados, exclamaciones, flechas, y breves comentarios en estos documentos nos ofrecen una prueba tangible de que el archivo no contiene materiales inertes que aparecieron allí por arte de magia. Alguien recogió los papeles que conforman el expediente N°00056261 mientras Piqueras convalecía de su úlcera o yacía muerto en una cuneta en Palencia y los envió a finales de julio a un centro de inteligencia franquista para que otra persona los leyese, anotase y guardase en una carpeta cuidadosamente numerada. Todas estas acciones se conjugaron en presente y fueron protagonizadas por personas que se daban los buenos días, mataban el tiempo fumando un cigarrillo, hacían bromas, escribían a sus seres queridos, salían a dar un paseo por la tarde o iban al cine. Todo esto nos cuenta también el archivo, a pesar de que se nos haya enseñado a mirarlo bajo el prisma abstracto y objetivo del documento.

Teniendo en cuenta que Piqueras vivía en París, y que algunos de los documentos fueron enviados desde el último lugar donde se le vio con vida, en la posada de la estación de Venta de Baños, lo más probable es que el propio crítico llevase gran parte de los papeles consigo. De hecho, muchos están marcados con un sello que dice «Inspección de Investigación y Vigilancia. Venta de Baños». Es decir, a Piqueras lo detuvo el Cuerpo de Investigación y Vigilancia, la policía nacional de la época,

que en gran parte se unió a los sublevados tras el golpe del 18 de julio de 1936. De aquí los documentos pasaron a manos de la SIPM, que se dedicó a repasar toda la documentación recopilada, prestando especial atención a las direcciones y nombres que pudiesen conducirles a la detención de más «desafectos al régimen». Estos procesos solían acabar con juicios sumarísimos, familiares en prisión o en campos de trabajo y expropiaciones de bienes que pasaban a manos de personas próximas a los cuadros dirigentes de la dictadura.

Imagino a los presos del franquismo como los hombres que intentan escapar de la cárcel en la película *À nous la liberté* (René Clair, 1931), en la que Piqueras trabajó de asistente de dirección hasta que una serie de desavenencias por el tono político del filme, más acorde con el tecno utopismo capitalista que con la revolución obrera para el gusto de Juan, hicieron que el crítico valenciano abandonase el puesto. Asistió seguramente al rodaje de muchas de las escenas de la película, quizás incluso a esos primeros y emocionantes minutos donde los presos trabajan montando caballitos de madera mientras cantan y distraen a los guardias para robar herramientas que utilizarán en su fuga. La canción dice:

La libertad al hombre libre corresponde
Disfruta del amor y el cielo azul
Pero hay algunos
que no han cometido peores crímenes
Es la triste historia que contamos
desde una celda de prisión
Otro día más de trabajos forzados

Como los otros ayeres pasó
Con solo un horizonte a la vista
Barrotes de la mañana a la noche
Ah, compadece a los que viven
En una celda de prisión
En la vida lo que cuenta es la libertad
Pero el hombre la celda inventó
códigos y leyes, síes y noes
Trabajos, oficinas, casas también
¿No estás de acuerdo...
Qué puede la vida llegar a ser?
Viejo amigo, la vida es estupenda
Cuando eres libre de ser tú mismo
Así que, venga, emancipémonos.

Piqueras no había estado, que sepamos, en una celda de prisión más allá de las que debió pisar en los estudios donde se filmó *À nous la liberté*. La minúscula habitación de la pensión en Venta de Baños donde permaneció en cama desde el 14 de julio de 1936, primero como paciente en reposo, y, más tarde, como prisionero de la policía sublevada, se convirtió así en la primera y última celda de su vida.

En una carta que Piqueras recibió en Venta de Baños el 16 de Julio de 1936, el crítico y cineasta Antonio del Amo Algara se interesaba por su estado de salud y le informaba de que había hablado con Luis Buñuel sobre la posibilidad de ir a visitarlo en coche para trasladarle a Madrid.⁶ Se percibía cierto titubeo en el tono de disculpa de la misiva, lo que invita a pensar en que Del Amo también era

129 38
Madrid

A. del Amo Algara

Creo que está Escudero cortifio. Esta es una noticia que me consuela.
En fin, Piqueras, que mejores inmediatamente y a mandar por esa boca. Estoy
absolutamente a tu disposición para ir a Venta de Baños en el coche de Buñuel
o donde sea, ma cuando tu lo digas, inimo. Ahrazos fuertes de
tu querido camarade, del Amo. --No digas nada a Ketty.



Madrid, 16 de julio de 1936.

Querido Juan: Ha llegado a mí un poco tarde la noticia de tu
recuerdo en Venta de Baños. Casi todos los días me reunía con
Aronada y demás amigos, pero esa noche tuve una reunión del P. y
no pude verles. Al día siguiente, tampoco los pude ver, porque Ar-
conada se había marchado de viaje. Bazán, que era el encargado de
entregarme la carta de Cabzas anduvo buscándome inútilmente. Fue
al tercer día cuando me enteré de tu enfermedad. Entonces, lo prime-
ro que hice fue llamar a Buñuel por teléfono, que era el que me po-
día prestar ayuda con su coche ya que yo no podía salir para Venta
de Baños sin dinero. Buñuel me tranquilizó. Me dijo que tu habías
escrito a Urgoiti comunicándole tu mejoría. En fin, te puse un te-
legrama, que supongo habrás recibido, porque Buñuel me aconsejó que
no debíamos ir a Venta de Baños sin que tu nos comunicases la nece-
sidad que habla de ello. Hoy esperaba noticias tuyas, pero nada he
recibido hasta el momento de cerrar esta carta. Espero que si si-
gues peor lo comuniques para si es preciso que vaya yo a Venta de
Baños. No tengo dinero para el viaje, si no ya hubiese ~~ido~~ ido a pe-
sar de que tu estado de mejoría no lo hubiera necesitado. De todas
formas, si es preciso que vaya yo o algunos más para trasladarte a
Madrid o donde sea, avisa inmediatamente. Es fácil encontrar dinero
o un coche de un amigo. Espero, pues, tus noticias por carta o por
telegrama.

Supongo no estarás más tiempo que el que sea preciso en Venta de
Baños. Para trasladarte a Madrid o donde convenga, tu tienes la pa-
labra. Desde luego, si los médicos lo aprueban, Madrid es mejor que
ningún sitio, porque nos tienes a todos los amigos orilla.

30/6
25



Carta de Antonio del Amo a Juan Piqueras, 16 de julio de 1936.
Centro Documental de la Memoria Histórica.

consciente de que algo grave estaba a punto de suceder, y que Venta de Baños no era el mejor lugar donde estar si los rumores de un golpe de militar se confirman. De ahí el añadido lateral en la carta, que dice: «Creo que [Vicente] Escudero está contigo. Esta es una noticia que me tranquiliza» y, sobre todo, la última e inquietante frase de la carta: «No digas nada a Ketty».

Piqueras decidió hacer caso a Del Amo y no avisar a su pareja del contratiempo sufrido en el viaje, impidiendo sin saberlo el intercambio de unas últimas palabras antes de ser fusilado.

Llamó en su lugar a su buen amigo el bailarín Vicente Escudero, quien acudió rápidamente desde Valladolid a hacerle compañía. Fue él quien finalmente convenció a Buñuel y Del Amo de la necesidad urgente de que viniesen con el coche del cineasta aragonés a recoger a Piqueras para ingresarlo en un hospital en Madrid. Tenían previsto salir el 18 de julio de 1936 de la capital, pero las noticias del alzamiento y los combates que cercaron Madrid impidieron el viaje (y de hecho el vehículo fue requisado por las milicias republicanas que se preparaban para la defensa de la capital). Piqueras quedó incommunicado, convaleciente y con una sensación de impotencia absoluta al no poder participar activamente en la resistencia al golpe militar.

A partir de este momento el relato sobre los últimos días del crítico valenciano entra definitivamente en el terreno de las especulaciones, las aseveraciones de dudosa procedencia, los testimonios distantes en el tiempo y la retórica de guerra con la que se anunció su muerte meses después en España y Francia. Juan Manuel Llopis y el historiador Román Gubern han reconstruido lo más mi-

nuciosamente posible los hechos a partir de los escasos documentos incluidos en el expediente N°00056261, así como a través de entrevistas con Luis Buñuel, Vicente Escudero, Antonio del Amo y Ketty González (a quien supuestamente Escudero le contó lo sucedido tras huir a Francia y refugiarse, herido en una pierna, en su casa de París). Llopis también interrogó en los años setenta a vecinos de Venta de Baños que habían oído hablar de un foráneo alojado en la posada y a quien habían «sacado a paseo» vestido con un pijama azul. Ketty le había regalado a Piqueras antes de partir dos pijamas nuevos, uno verde y otro azul. En sus memorias relata también cómo tras la guerra recibió un mensaje anónimo desde Venta de Baños en donde el remitente recordaba que uno de los presos que había visto fusilar en 1936 llevaba un pijama azul de buena calidad, un detalle que le sorprendió ya que los prisioneros eran en su mayoría campesinos y jornaleros que se habían unido a la resistencia popular en la zona.

La información más veraz sobre las últimas horas de libertad del crítico valenciano proviene de una carta enviada por él mismo el 19 de julio de 1936 a su amigo el pintor Hernando Viñes, que vivía en París. La reproduzco completa, tal y como se transcribió en el libro de Román Gubern *Los años rojos de Luis Buñuel*, ya que el relato fragmentado, en ocasiones prácticamente telegráfico, del propio Piqueras transmite perfectamente la confusa sucesión de acontecimientos de esos días:

Venta de Baños 19 de julio de 1936

Querido Hernando: Me encuentro en Venta de Baños desde hace 10 días. Imagínate que al dirigirme el jueves

9 hacia Asturias unos 20 minutos antes de llegar a Venta de Baños sufrí una nueva hemorragia de estómago. Tuve que detenerme en la fonda de la estación en donde me encuentro en cama, visitado por los médicos de aquí.

[Juan Antonio] Cabezas vino desde Oviedo y no se ha movido de mi lado. Él y los camaradas me han cuidado. Dentro de unos días iré a Valladolid a hacerme una radiografía. Si hay que operarme de nuevo iré a Madrid. Si no a Oviedo. NO DIGAS NADA A MI MUJER Y SI LO COMUNICAS A LOS AMIGOS QUE TENGAN MUCHO CUIDADO DE NO DECIR NADA PARA QUE NO SE ENTERE.

Con todo lo que sucede estoy muy nervioso ante la inutilidad en que me encuentro. Jamás he sentido la revolución tan cerca y yo en la cama. Es desesperante esta noche. Como no puedo moverme decidiré enviarte algunas notas de las informaciones que me llegan. Si las dieras a los camaradas de *L'Humanité* [periódico del Partido Comunista Francés], adviérteles que no digan que se trata de un camarada enfermo, etc. [...] Al ver a Cabezas y los demás camaradas armados y dispuestos a defender nuestra victoria de Febrero, y verme en el estado en que estoy no he podido reprimir un ataque de nervios ante mi inutilidad. Cabezas trata de consolarme un poco. Desde la escalera nos despedimos con un UHP [Unión Hermanos Proletarios] y con el puño en alto.

El tren para con 1 hora y $\frac{1}{4}$ de retraso.

Salud

Rot Front [Frente Rojo]

Venta de Baños (Palencia)

Sábado 18: Durante todo el día llegaban rumores confusos y poco precisos, la prensa madrileña de ayer noche

no dice nada. La de esta mañana aparece con grandes claros exigidos por la censura. A las 3 de la tarde, unos camaradas me dijeron haber oído por la Radio que el ministro de la Gobernación había comunicado que en Tetuán y otras ciudades del protectorado, las fuerzas del Tercio Extranjero se habían sublevado al grito de «Viva España» que es el grito de los patriotas encanallados, la población obrera se enfrentó con ellos y dos horas después me volvieron a decir que en las calles de Tetuán las masas obreras se batían con los del Tercio.

A las 6 de la tarde me han comunicado que Largo Caballero, ha dicho por la Radio de Madrid, en nombre de la UGT, que en todos aquellos lugares donde las fuerzas militares o los elementos fascistas se manifestaran, respondieran con la Huelga General, los trabajadores. Las sindicales CNT y UGT han ordenado la huelga general de todos los gremios en todos aquellos lugares en que se declare el estado de guerra.

Sábado 20 h.: A eso de las 8 noche, Cabezas, llegó de la casa del Pueblo donde se había reunido con la directiva que se empeñaba en sufragar los gastos ocasionados por mi enfermedad en Venta de Baños. Momentos después, llegó un camarada diciéndole que fuera porque se había presentado un individuo de Asturias pidiendo socorro. Al decirle si conocía a Cabezas dijo que sí. Cuando fue pudo descubrir que se trataba de un vulgar estafador.

Sábado 21 h.: Una hora después llegó Cabezas con dos camaradas más. Me dijo que iban a buscar armas y detener a todos los sospechosos del pueblo. Parece ser que esta orden había sido dada por el Gobernador de la provincia. Habían estado reunidos en la casa del Pueblo estudiando la forma en que podían evitar que las fuerzas de Palencia y Valladolid se reuniesen. En Valladolid hay

3 regimientos reaccionarios peligrosos y el de Palencia es el que ya se sublevó en Alcalá de Henares. Quieren evitar a toda costa que en el caso de que las fuerzas de estas provincias se movilicen, puedan unirse.

Sábado 22 [h.]: Cabezas acaba de llegar con unos camaradas. Me dice que ha logrado movilizar un centenar de hombres y que los tiene preparados por si hubiera que ir en ayuda de los de Palencia.

Un poco después marcha y regresa armado con una carabina. Viene con dos o tres camaradas más. Han encerrado a los fascistas del pueblo y se van a Palencia. Estoy muy nervioso por no poder moverme. Cabezas me dice que Pasionaria habló por la Radio junto con el ministro de la Gobernación diciendo a los comunistas y trabajadores que se armasen y combatesen. No hay más mando que el de las autoridades civiles.

A las 11 de la noche, el gobierno destituyó a 5 generales. Franco. Mola. Queipo de Llano y dos más. Al mismo tiempo anunció la destitución de varios altos mandos de la Guardia Civil.

Palencia: A las 3 de la madrugada el Gobernador Civil de la provincia ha telefoneado al alcalde de Venta de Baños para que mande las fuerzas obreras que le sea posible, con el fin de que a la llegada a la ciudad se dispersen y traten de tomar los sitios estratégicos.

A las 3,30 de la madrugada, el alcalde, que me visitaba todos los días (un buen hombre con ideas anarquizantes a quien estoy señalando la táctica equivocada de los faistas en estos momentos españoles de Frente Popular) y que se encuentra precisamente en la Fonda de la Estación donde está instalado el servicio telefónico y telegráfico, acaba de subir a verme para tranquilizarme y me dice que había descubierto la existencia de 5 vagones de

explosivos en la Estación. Creo que su descubrimiento se debe a que Cabezas, acostumbrado a la dinamita asturiana, comenzó desde el primer momento a preguntar si había explosivos. El alcalde, presionado por nuestros camaradas, ha pedido permiso al Gobernador para requisarlos. Este se negó en principio. Pero momentos después le puso un telegrama diciéndole: «disponga de ellos ahora y siempre».

Palencia 5 madrugada. Cabezas acaba de telefonar a la Fonda de la Estación diciendo que me digan que allí es dueño el gobierno de la situación y que regresarán en seguida.

Tren minero. Me aseguran que el Gobierno ha pedido socorro a las fuerzas obreras y que de Oviedo viene un tren minero. Me dicen que en lugar de uno vendrán dos y que antes de llegar a Madrid meterán mano a las fuerzas fascistas de Valladolid.

A juzgar por lo que por aquí pasa el pueblo está muy identificado con el gobierno.

Sevilla. El general Queipo de Llano, de una manera facciosa, declaró el Estado de Guerra en la Provincia. Los trabajadores contestaron a esta provocación con la Huelga General. Parece ser que se apoderaron de la emisora desde la cual anuncian que la provincia es de ellos. En cambio, el ministro de la Gobernación dice que la Guardia Civil y los de Asalto están frente a ellos, luchando mucho.

4 madrugada del Domingo. Mejores impresiones de Sevilla. La Radio está de nuevo en poder del Estado.

Málaga 5 madrugada domingo: los fascistas fueron vencidos y se desarrolló una gran manifestación popular que vitoreó a las fuerzas del gobierno.

Burgos 5 madr. D. El capitán general está en prisiones militares.

Valladolid. En esta provincia, donde las derechas son muy fuertes, parece ser que el General Mola (aquel famoso asesino de los estudiantes de la Universidad de San Carlos de Madrid unos meses antes de la República del 14 de abril) con un grupo de fuerzas militares, ha tomado la estación y exige a los viajeros que griten «Viva España» y «Viva el Fascio».

[Anotado en el margen] 5 generales sustituidos a las 11 de la noche.

Domingo 5 madrugada. Parece que las fuerzas facciosas con los militares están en la calle con ametralladoras. Un capitán fascista ha telefonado a Venta de Baños diciendo que esperan al tren minero para achicharrarle. Nuestros camaradas han tomado toda clase de precauciones.

Domingo 5 madrugada. Acaban de decirme que se ha formado un nuevo Gobierno:

Presidencia. [Diego] Martínez Barrios

Gobernación: [Augusto] Barcia

Guerra: General [Carlos] Masquelet

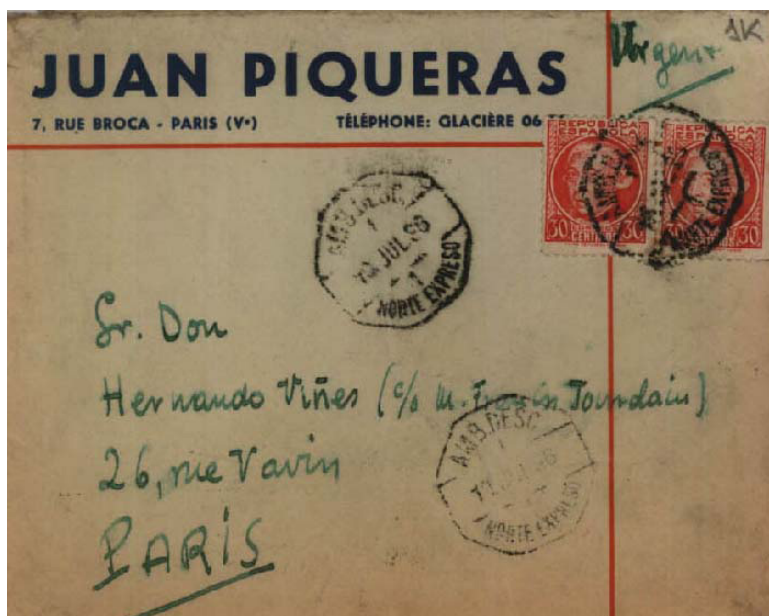
I [instrucción] Pública M [arcelino] Domingo

Hacienda [Enrique] Ramos

Marina: [José] Giral. etc. etc.

Estoy esperando de un momento a otro el paso del tren hacia París. Por eso va todo tan deshilvanado.

Este tren debía pasar a las 4,30 por aquí. Son las 5 y $\frac{1}{4}$ y no ha pasado aún. Esto demuestra que en Valladolid o de Madrid aquí hay algo que impidió su salida o su marcha normal.⁷



Sobre en el que Piqueras envió su última carta desde Venta de Baños el 19 de julio de 1936.
Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes.

Juan Piqueras no pudo completar el relato de esas primeras horas del golpe de Estado, que se interrumpen bruscamente con el tren hacia París que nunca llegó. Todo se estaba deshilvanado en España para entonces, con una población civil desesperada por conseguir armas para hacer frente a los sublevados. Probablemente el mismo domingo 19 por la mañana o el lunes 20 de julio el ejército franquista tomó la estación de tren de Venta de Baños y arrestaron a Juan en la habitación de la posada de la estación. No sabemos por qué no huyó. Puede que se encontrase demasiado débil como para desplazarse, o quizás no pensó que la virulencia de la represión franquista llegase hasta el punto de ordenar el fusilamiento de un simple crítico de cine sin responsa-

bilidad militar alguna. Al contrario que Segismundo en *La vida es sueño*, Piqueras no fue sacado de su celda y conducido ante el poder, sino llevado en mitad de la noche a un campo y asesinado sin juicio ni moraleja como cientos de miles de inocentes durante la guerra. La única lección que se puede inferir de estos actos es que una vez abierta la puerta de la violencia es muy difícil volver a cerrarla sin consecuencias terribles. Y quien la abrió de par en par fueron los sublevados mediante un golpe de Estado cuidadosamente planificado con sectores, militares, civiles y económicos hostiles a la República y la inestimable ayuda de la Italia fascista.

De todos los objetos que le requisaron a Piqueras, como su maleta, su ropa, o sus libros, tan solo han pervivido los 23 documentos del expediente N°0005626. Son prácticamente los únicos vestigios de su labor como director de *Nuestro Cinema* con la excepción de algunas cartas y los ejemplares de la revista que se conservan en diversos archivos españoles. Los policías no los debieron considerar especialmente útiles ya que no contenían información política relevante. Eran meros informes y cartas que detallaban la cotidianeidad de una revista de cine organizada entre Francia y España por un grupo de jóvenes críticos entusiastas. Aun así, todos y cada uno de los documentos se analizaron, anotaron y guardaron en una carpeta por si alguna vez hacía falta esgrimirlos contra cualquiera de los nombres que aparecían.

En un informe de la sesión del comité redactor de *Nuestro Cinema* celebrada el 4 de agosto de 1933 podemos ver, incluso recrear, el acto casi automático del burócrata represor que ha de cribar miles de páginas a lápiz desde un sótano mal iluminado. El policía anota, con un punto de emoción un tanto inquietante expresado a